

algar



colección
CALCETÍN

Olor a mamá

Ricardo
Alcántara

Dibujos de
Montse
Tobella





Capítulo 1

Era una noche oscura y tenebrosa. El viento soplaba con tal fuerza que doblaba la copa de los árboles. Hacía tanto frío que solo los fantasmas rondaban por la calle.

La casa estaba en silencio, pues casi todos dormían. Alejados de miradas curiosas, aquella noche nacieron Bigotis y sus seis hermanos. Lo hicieron en el hueco que había entre el cielo raso y el tejado. Por suerte para ellos,

solo su madre se enteró de que los pequeños ratones habían nacido.

Con paciencia y cariño, la madre los limpió uno por uno. Mientras, les contaba un cuento que ella misma se había inventado. Lo hacía a media voz, suave como una caricia. Prolongaba las letras de algunas palabras, remarcaba otras y hacía silencios cuando tocaba.

La madre no dejaba de mirar a sus crías. Observaba sus dedos, sus uñas, los pliegues de su piel... «¡Qué guapos!», decía con orgullo.

Los recién nacidos parecían exactamente iguales. Tenían el mismo tamaño, el mismo color, la misma forma... Sin embargo, al llegar el turno de Bigotis, la madre pensó: «Este no es como los demás. Es diferente a sus hermanos». No atinaba a comprender en

qué se diferenciaba de los otros, pero algo la advertía de que aquel era un ratón especial.

En efecto, con el pasar de los días, resultaba evidente que Bigotis era un caso aparte. Pronto dio muestras de ser muy espabilado. Antes de abrir los ojos, aprendió a reconocer a su madre por el olor, por el ruido que hacían sus patas al rozar la madera del suelo. Poco le costó comprender que pegado a su barriga el frío desaparecía, entonces se acurrucaba todo cuanto podía.

Cada noche, su madre cobijaba a sus pequeños entre sus patas y les contaba un cuento. Las crías no tardaban en dormirse. Todas menos Bigotis. Él permanecía atento a cada una de sus palabras. Las frases entonadas por su madre tenían el poder de hacer que se sintiera protegido y amado. Entonces aspiraba hondo, para llenar sus pulmones con el olor a mamá.

Con el correr de los días, los ratones abrieron los ojos y echaron a andar. Entonces comenzaron a explorar el mundo que les rodeaba. Lo hacían con recelo, temblorosos. El menor ruido los asustaba. Solo se sentían a salvo cuando se cobijaban entre las patas de su madre. Todos, menos Bigotis. Él parecía hecho de otra pasta. Le gustaba ir a su aire. Se comportaba como si fuera el mayor, cuando en realidad había sido el último en nacer. Husmeaba por aquí y por allá, olfateaba lo que veía por primera vez. Su curiosidad no tenía límites y su coraje tampoco. Era un valiente aventurero que desconocía el sabor del miedo.

Cuando sus hermanos se atrevieron a dar sus primeros pasos lejos de su madre, Bigotis ya conocía su guarida de punta a punta.

Con tanto ir y venir, la guarida pronto se le quedó pequeña. Deseaba descubrir qué



había más allá de aquellas paredes que le cortaban el paso. Pero salir estaba terminantemente prohibido.

–Ni se te ocurra intentarlo –le había advertido su madre.

La única que salía era ella. Al llegar la noche se marchaba en busca de comida y regresaba al cabo de un rato. Volvía presurosa y agitada. «Uno, dos, tres...», contaba a sus hijos para asegurarse de que estaban todos. Entonces respiraba aliviada y comían juntos lo que ella hubiera conseguido.

Al verla regresar, los pequeños volvían a respirar tranquilos. Cuando su madre se ausentaba, ellos se sentían desprotegidos. Temblaban asustados, se refugiaban en un rincón, muy apretujados y con los ojos cerrados. Todos, menos Bigotis. Si alguna vez notaba que la oscuridad era demasiado

espesa, aspiraba hondo hasta encontrar el olor a mamá. Eso le daba la fuerza y el valor que necesitaba.

Bigotis observaba con curiosidad el agujero por el que desaparecía su madre, con ganas de ir tras sus pasos. «¿Qué habrá detrás de esas paredes?», pensaba. Le costaba imaginar cómo sería ese mundo desconocido del cual solo le llegaban olores y sonidos. De buena gana se hubiera animado a salir de su escondite, pero su madre no se lo permitía.

–Hasta que no seas mayor no podrás salir de aquí. Y, cuando llegue ese momento, lo harás conmigo. ¿De acuerdo, jovencito? –le había advertido.

–Sí –asintió él, mirando hacia el suelo en actitud obediente.

Pero cada vez le resultaba más difícil permanecer encerrado. Tratando de no pensar

en ello más de la cuenta, inventaba juegos y animaba a sus hermanos a unirse a él.

Cierta vez, jugaban todos a pillarse la punta de la cola unos a otros.

–¡No me pillas! ¡No me pillas! –exclamaban unos a viva voz.

Los otros corrían tras ellos.

Animados por el juego, hicieron más ruido de lo habitual. Trepaban por las paredes, corrían apresurados, saltaban desde lo alto del techo, reían con todas sus ganas... Sin darse cuenta, formaron tal alboroto que los dueños de la casa oyeron sus ruidos.

–¿Qué es eso? –preguntó Angustias, la señora.

Lo hizo en tono crispado, tal como solía hablar.

–Seguramente son ratones –respondió Esteban, su marido.

Lo hizo con la paciencia que lo caracterizaba.

Esteban la trataba con mimo y dulzura para que no se alterara. Al menor descuido toda ella se convertía en una bomba a punto de explotar. Tenía un carácter realmente endemoniado. Precisamente, ese rasgo de su esposa era lo que le enamoraba.

Quienes conocían a Angustias afirmaban que, siendo una niña, había sufrido un grave contratiempo que había marcado su carácter. Según ellos, desde pequeña, había suspirado por llegar a ser capitán del ejército. Se imaginaba vistiendo el uniforme y eso la hacía feliz. Soñaba que su pelotón la obedecía sin rechistar, que su sola presencia intimidaba al adversario. Pasó varios años alentando ese sueño, hasta que alguien se encargó de contarle la verdad:

–Las mujeres no pueden acceder al ejército –le dijeron sin miramientos.

Angustias no podía creerlo. Sus sueños se hacían trizas. La vida perdía el sentido. Todo su gozo en un pozo.

–¡Qué injusto! ¡Con lo que me gusta mandar! ¡Por qué la vida me trata tan mal? –chilló desconsolada.

A partir de entonces se convirtió en una persona difícil, huraña, con los nervios siempre a flor de piel.

–¡Oh! ¡Ratones! ¡No puedo soportarlos! –se alarmó Angustias.

Torció la boca a causa del malestar que sentía.

–No te preocupes, cariño. Esto lo soluciono yo en un santiamén –la tranquilizó su marido.

De inmediato se dirigió a la droguería del barrio y compró varias trampillas para cazar

ratones. Al llegar a casa las armó. Puso en ellas un trozo de queso como cebo. Después comentó risueño:

—Mañana la casa recuperará el silencio de costumbre.

Y ella, mirándole por encima del hombro, respondió:

—Eso lo dices tú. Yo, hasta que no lo vea no lo creeré.

Esteban se encogió de hombros. No soltó ni un suspiro para no alterar a su amada esposa.

El aroma del queso era tan fuerte y penetrante que llegó hasta el escondite de los ratones. Los pequeños roedores dejaron de jugar y alzaron el hocico. Moviendo los bigotes, olisquearon el aire.

—¡Mmm! ¡Qué rico! —dijo uno, relamiéndose.

–¡Qué bueno! –dijo otro de los hermanos.

Los pequeños entornaron los ojos para disfrutar mejor del aroma que flotaba en el aire.

–¡Sí, demasiado bueno para resistirse a él!
–reconoció la madre.

Estaba tan nerviosa y contrariada como jamás la habían visto antes. Hasta la voz le temblaba. Iba y venía sin parar, de una punta a otra de la guarida. Decía en voz baja cosas que las crías no alcanzaban a comprender.

–Mamá, ¿qué dices? –le preguntó Bigotis.

El pequeño evitaba interponerse en su camino. La madre iba tan acelerada que hubiera pasado por encima de él.

–Nada, nada. Estoy hablando conmigo misma –le explicó ella.

Su excitación iba en aumento.

–Ah –dijo Bigotis con un hilo de voz.

Lo dijo tan bajito que ni él mismo supo si se lo decía a su madre o también hablaba consigo mismo.

Aquella noche la madre se demoró más de lo habitual en decidirse a bajar. Se acercaba al agujero que solo ella podía usar. Asomaba la punta del hocico y daba media vuelta. No acababa de decidirse. Por fin, dijo con voz agitada:

–Voy en busca de comida. No tardaré en regresar –y desapareció por el agujero.

Al verse solos y sentirse desvalidos, los ratones se apiñaron en un rincón. Temblaban como si un temible enemigo los acechara con aire amenazador.

Bigotis permaneció alerta, oyendo el sonido que hacían las patas de su madre al alejarse. Aquel sonido que le resultaba tan familiar se perdió a lo lejos. Entonces, la casa quedó envuelta en la oscuridad y el silencio.